

El emplazamiento humano en el mundo

Néstor Tato

(Este texto, con “¿Qué es la Humanidad?”, fueron publicados en la compilación de producciones de cinco autores humanistas titulada “La otra mirada” (Ed. Virtual, Santiago de Chile, 1998) como un reconocimiento que Silo nos hizo a los “plumíferos”)

Introducción: la cuestión del emplazamiento

La sabiduría popular formula máximas sobre la vida, refiriéndose a ella como camino (uno puede “estar bien o mal encaminado”, tener “tropiezos”, dar buenos o malos “pasos”, “perder el rumbo”, etc.), asignándole importancia al lugar que uno ocupa (“hay que hacerse una posición en el mundo”, “encontrar su lugar en la vida”, “ubicarse”, de modo que uno no se sienta “perdido”).

Pero, claro, uno recibe esas "instrucciones" desde la más supina ignorancia de sus primeros años de formación y configura los paisajes correspondientes con la exigua experiencia que tiene y la, todavía virgen, capacidad intelectual con que cuenta.

Consecuentemente, uno forma una especie de mapa, que tiene valor sólo para uno aunque los hitos que señala sean comunes, y raras veces coincide con lo que entendemos por “realidad”. Nos enseñan a orientarnos en el mundo por señales externas, como en las rutas, munidos de esas “mapas” que no tienen una lectura unívoca, a diferencia de las señales ruteras.

En base a la doctrina y la psicología formuladas por Silo, apunto a ofrecer una síntesis que permita valerse de referencias concretas respecto de nuestra situación en el mundo, contemplando la necesidad de incorporar conceptos que permitan pensarnos y pensar nuestro mundo en términos de sentido y temporalidad, favoreciendo una conceptualización que sirva a nuestro desarrollo en libertad.

Lo humano es, esencialmente, intención y libertad¹, que es lo que tendemos a desarrollar, y la dimensión que le es propia es la temporalidad, frente a la espacialidad que prima en la matriz objetivista², que estructura la visión del mundo que normalmente opera en nuestra vida cotidiana.

En particular, la cuestión del emplazamiento se ha convertido en un desarrollo más del concepto de “ponerse-antes” que “está en la raíz del hacer”³, esto es, que antes de hacer uno está “puesto en situación” de hacer. Esto se deduce a partir de la noción de pro-yecto, ya que el “estar arrojado” en el mundo es el momento dos del acto de “arrojar”, que implica en su momento uno no sólo el acto de lanzar sino también el anticiparse al momento posterior al lanzamiento, o sea, atender a dónde va a caer lo lanzado que es lo que determina cómo se ha de lanzar, ya que es el objetivo que se persigue con esa acción.

Desde este punto de vista, emplazarse vitalmente es posicionarse frente a lo que a uno lo rodea, pero principalmente es apuntar, buscando orientar el movimiento de un proyectil que ya está lanzado: uno mismo.

¹ Silo, "Acerca de lo humano" en "Habla Silo", "Cartas a mis amigos", Carta IV.

² Llamo "objetivismo" a la concepción predominante principalmente en la concepción occidental del mundo que, en este punto,, comienza con Aristóteles: es el primado del objeto sobre el sujeto, de lo externo sobre lo interno, de lo real sobre lo irreal. Real es lo externo, lo que vemos afuera, lo dado que se presenta con una característica de materialidad que se impone sobre lo subjetivo (inmaterial) y que pone las condiciones a las que debe someterse el sujeto en el desarrollo de su acción. El mundo es como es y no es posible transformarlo radicalmente, premisa tomada de las llamadas ciencias duras y sus conclusiones sobre los fenómenos materiales, que son traspoladas a lo social de modo ilegítimo, generando premisas de legitimación de un sistema socio-económico antihumano.

³ Silo, "Discusiones Historiológicas" III, 1 en "Contribuciones al Pensamiento", pfs. 7° y 8°.

Buenos Aires, junio 29/1990-julio 28/1998

I. El emplazamiento espontáneo: ¿dónde pongo el cuerpo?

Literalmente, emplazamiento es “estar en-plaza”; estar, no en un lugar físico, sino en una situación. Partiendo de la noción de la conciencia como modo global de estar en el mundo⁴, me hago cuestión del emplazamiento como *el modo*⁵ de estar en una situación determinada.

Sabemos que es deseable alcanzar una cierta coherencia en el desarrollo de nuestras situaciones⁶, si buscamos un desarrollo equilibrado en lo personal, y es dentro de ese marco donde ubicamos la cuestión que nos ocupa.

Para avanzar en alguna dirección, *lo primero es saber dónde se está parado*. En la maraña de nuestros intereses, deseos y propuestas de buena voluntad suele no quedar muy claro cuál es nuestro emplazamiento básico, cuáles son nuestros primarios cotidianos y, por tanto, cuáles pueden ser a futuro, de acuerdo a un simple cálculo de probabilidad inercial.

Son nuestros intereses los que nos guían⁷, pero nuestra capacidad de justificación suele ocultarnos verdades que resultan evidentes para la mirada de otro. Sabemos que nos manejamos mecánicamente entre los condicionamientos del medio y de nuestros intereses. Como éstos suelen resultar confusos, lo mejor es atender al medio, a lo que nos rodea.

Para poder aprehender el emplazamiento tendremos que apelar a los registros que tenemos de él y, para ello, tenemos que tomar algún punto de referencia que nos brinde siempre un indicador claro y distinto. Si abordamos el fenómeno por sus manifestaciones más evidentes, podemos comenzar por el sentido literal de la palabra: el estar en un lugar físico.

El cuerpo es el mejor indicador para conocer dónde estamos ubicados⁸, cómo nos emplazamos en el mundo, hacia dónde vamos.

El cuerpo siempre está en un lugar; como todo objeto material, ocupa un lugar en el espacio externo, está entre otros objetos⁹.

De modo que, si quiero saber dónde está mi cuerpo, atiendo a lo que está afuera, no a éste. *Son las cosas que rodean mi cuerpo las que me van a decir dónde está ubicado*: a la derecha de la ventana y a la izquierda del escritorio, frente a la pared, de espaldas a la puerta vidriera, en el extremo izquierdo de la habitación. Si miro mi brazo, mis pies o mi ombligo, no podré saber dónde está mi cuerpo.

Y será la situación¹⁰ en la que esté mi cuerpo, la que me esté emplazando.

Por tanto, *es en el mundo donde voy a encontrar la respuesta a mi necesidad de saber dónde estoy parado*.

⁴ Silo, Sicología de la Imagen, en “Contribuciones...”, I, 3, 3° pfo: “...no hay conciencia sino de algo, y que ese algo se refiere a un tipo de mundo...”, “...esa conciencia es un modo global de estar en el mundo y un comportamiento global frente al mundo”.

⁵ El resaltado de algunas palabras o frases lo hice para destacar algunos conceptos y facilitar la lectura rápida de los conceptos centrales, pero también vinculé palabras separadas de modo que se establece una suerte de hipertexto ya que, a veces, dice algo más que lo dicho en el texto.

⁶ Silo, Cartas a mis amigos, Carta III, pgfo. 10: “¿a qué dirección podemos aspirar? Sin duda a la que nos proporcione coherencia y apoyo en un medio tan cambiante e imprevisible. Pensar, sentir y actuar en la misma dirección es una propuesta de coherencia en la vida.” Cfr. en especial, pgfo. 6

⁷ Silo, La Mirada Interna, cap. III, pto. 7: “Me muevo según mis intereses...”.

⁸ Diccionario del Nuevo Humanismo, “ser humano”: “La referencia del ser humano en situación es el propio cuerpo.”; Silo, Sic. de la Imagen, Contribuciones... III, 4, penúltimo pfo.: “Este modo de estar la conciencia en el mundo es básicamente un modo de acción en perspectiva cuya referencia espacial inmediata es el propio cuerpo, no ya el intracuerpo”; y en Discusiones Historiológicas, cap. 3, 2° pfo.: “...la referencia en situación es el propio cuerpo”.

⁹ Lo que se lee es propio de Perogrullo y así es, parto desde las nociones más elementales, perceptuales, que tenemos, para ir repasando e integrando conceptos que sirvan de base a otros más abstractos.

¹⁰ El término situación lo aplico como especificación de “circunstancia” que, en el sentido de Ortega y Gasset, es más genérico.: “El hombre...se encuentra rodeado de lo que no es él, se encuentra en un contorno, en una circun-stancia, en un paisaje” (Unas Lecciones de Metafísica, Alianza Ed. lecc. IV, p. 79). Situación no es sólo lo que me rodea, sino lo que me sitúa, determina (Dicc. Real Academia).

Este emplazamiento dado espontáneamente, dado que mi cuerpo es materia, como los objetos que me rodean, es la primera referencia que puedo tomar para conocer mi emplazamiento vital.

Entonces, **la situación externa será la que me dé referencia de dónde estoy emplazado**, y así podré saber qué imágenes me orientan, cuál es la intención que efectivamente estoy poniendo en práctica.

Elementalmente, entonces, sabiendo dónde pongo el cuerpo **puedo conocer los intereses que me guían efectivamente**, porque éste me dará señales inconfundibles de la dirección que aquéllos imprimen a mi vida.

2Además, mi cuerpo se desliza por el mundo¹¹, recorre situaciones repetidamente, de tal modo que se configuran circuitos que constituyen, para uno, el mundo.

Mi cuerpo recorre distintas situaciones, se emplaza en ellas. Y, en proceso, si quiero saber dónde estoy emplazado vitalmente, tendré que atender a los distintos paisajes que ofrecen mis situaciones vitales¹².

Al cuerpo lo mueven las imágenes¹³; son éstas las que determinan nuestros movimientos, así que, si quiero saber qué pasa conmigo, tengo que atender al cuerpo. En sus emplazamientos encuentro una referencia clara de las imágenes que orientan mi acción y, en general, de la dirección que lleva mi vida.

Vivencialmente, es el paisaje el que emplaza al cuerpo. Las situaciones que vivimos, producen sensaciones en el cuerpo. Hay situaciones que nos atraen y otras que nos producen rechazo. Ambas se destacan sensiblemente, ya que nos encadenan.

También las hay que nos producen indiferencia y por eso, no nos parecen relevantes, lo cual no quiere decir que no lo sean¹⁴.

En cambio, aquéllas que nos producen fuertes sensaciones, claramente diferenciadas, nos emplazan, “llaman” al cuerpo.

Así, las situaciones son matrices de sensaciones corporales, son ámbitos de estimulación para el cuerpo y, en tanto la conciencia que porta ese cuerpo se alimenta de impresiones¹⁵, **las situaciones son fuentes de nutrición para la conciencia.**

La conciencia, a su vez, se manifiesta a través de la mirada¹⁶ que orienta al cuerpo en el mundo en su búsqueda de nutrientes.

¹¹ Obviamente, mi cuerpo no se mueve autónomamente, sin mí. Al referirme al cuerpo como separado de mí lo hago para reforzar su mecanicidad y destacar la importancia que tiene como referencia en el mundo, que suele pasar desapercibida. Quiero decir que debemos tener en cuenta al cuerpo, no obviarlo de modo alguno.

¹² He aquí una de las dificultades básicas en la conceptualización sobre la existencia: situación y paisaje coinciden en cuanto son términos que refieren a la misma base material, al mismo conjunto de elementos concretos entre los que “encuentro a mi cuerpo”, pero yo nunca percibo la situación sino el paisaje que configura mi mirada en base a ella. (Silo, Discusiones..., c. III, 2, 1º pfo.: “...cuando hablamos de “paisaje” nos estamos refiriendo a situaciones que siempre implican hechos ponderados por la “mirada” del observador.”) Cada término designa la misma “realidad” desde distinto punto de vista: “situación” como supuesta objetividad, paisaje como lo que verifico en mi vivencia, como término que expresa la visión subjetiva de lo que me rodea.. Como no puedo ver mi cuerpo ni mi situación “objetivamente”, desde afuera, ambos quedan relacionados en el mismo plano o escorzo que fija el punto de vista “objetivista”; en cambio “paisaje” se relaciona directamente con “yo”, con lo que vivo, y en esa relación mi cuerpo es un dato copresente, más interno que externo.

¹³ “...son las imágenes las que imprimen actividad al cuerpo...” Silo, “Pensamiento y obra literaria” en “Habla Silo”, también en Contribuciones..., Aproximaciones..., 1. Ideas Generales, 3º pfo; y en Sic. de la Imagen, cap. II, 5.

¹⁴ Las imágenes que nos dejan indiferentes son importantes en el autoconocimiento, porque estudiándolas, sus contenidos nos pueden dar pautas para orientar nuestra investigación, pero a los fines del emplazamiento son neutras, no tienen relevancia operativa inmediata.

¹⁵ Utilizo el término en el sentido en que lo usa Platón (cfr. Timeo), específicamente como lo que el llama “impresiones acompañadas de sensación”, o sea, estímulos sensoriales que “dejan su huella” en la conciencia pero que, principalmente, excitan su actividad y, con ella, provocan su desarrollo.

¹⁶ Silo, Sic. de la Imagen, cap. II, 5, nota 11: “Usamos la palabra “mirada” con un significado más extenso que el referido a lo visual. Tal vez, más correcto sería hablar de “punto de observación”. Aclarado esto, cuando decimos “mirada” podemos referirnos a un registro de observación no visual pero que da cuenta de una representación (kinestésica, por ejemplo).”; El Paisaje Humano (en Humanizar la Tierra), cap. 1, 5: “Estas “miradas” son actos complejos y activos, organizadores de “paisajes”, y no simples y pasivos actos de recepción de información externa (datos que llegan a mis sentidos externos) o interna (sensaciones del propio cuerpo, recuerdos y percepciones).”

En este camino que recorro reiteradamente en el espacio, sin volver atrás en el tiempo, lo constante es *que ante mi mirada siempre hay un paisaje¹⁷ y en él, un horizonte¹⁸*. No importa lo repetido de los contenidos del paisaje o su variación, lo cierto es que mi mirada siempre encuentra un paisaje en cada momento. Y un horizonte que lo enmarca.

II. El emplazamiento social: la imposición del paisaje

El cuerpo se mueve en el mundo orientado por la mirada.

La mirada espontánea ha sido formada en el mirar. Toda nuestra experiencia, tanto externa como interna, queda grabada en imágenes que constituyen un paisaje¹⁹ y estructuran nuestra conducta.

Esas imágenes se graban en el intercambio con los otros seres humanos. Ya sea mediante la sutileza del afecto o la fuerza bruta, vamos aprendiendo el código de valores de nuestro medio: lo bueno y lo malo, lo lindo y lo feo, lo deseable y lo asqueroso, lo que se debe ser y lo que no. En suma, aprendemos a discriminar; asimilamos respuestas condicionadas de adhesión y rechazo que se traducen en tensiones crónicas que construyen nuestra postura corporal. Aprendemos de un modo objetivado, cosificante, dónde debemos poner el cuerpo y dónde no. **Aprendemos a vivir nuestro cuerpo desde afuera** y a gobernarlo según moldes externos, como si fuera una cosa manipulable.

Aprendemos a adormecer **nuestras sensaciones**, que **son la fuente del goce vital**, las que nos pueden dar cuenta de la actividad que necesitamos desarrollar, y así generamos un estado de anestesia que nos va cercando vivencialmente, porque el bloqueo de sensaciones nos priva de la información vital.

Sabemos que uno nace en una situación que está dada y, por eso, se impone²⁰. Si bien después de esa imposición situacional hacemos ejercicio de nuestra facultad de elegir, **ese emplazamiento mecánico inicial que la situación opera sobre el cuerpo, queda fijado como una matriz que nos hace vivir como si estuviéramos a merced del paisaje**, como si no tuviéramos posibilidad de elegir y las circunstancias se nos impusieran más allá de nuestra voluntad o capacidad.

El mismo hecho del paisaje, con toda su variedad “ofrecida” para nuestra elección, nos es impuesto en tanto no nos es dado elegir otro, porque nuestra mirada está condicionada de modo tal que está ciega a otras posibilidades. La misma estructura del mirar, los valores que condicionan la mirada, nos han sido impuestos. Pero aún frente a esa situación, uno elige, por lo menos, aceptar o rechazar. Cuando esa imposición hace crisis se produce la fuga a través de las distintas formas de adicción (en tanto dependencia de todo estímulo que se erija en eje soberano de mi comportamiento), la locura o el suicidio.

Las primeras respuestas a esta imposición social del paisaje son corporales, a través de distintas descargas o somatizaciones, desde el berrinche infantil hasta las enfermedades más frecuentes

¹⁷ Silo, El Paisaje Interno, (en Humanizar la Tierra) cap. I, N°5: “...por la complejidad del percibir, cuando hablo de realidad externa o interna prefiero hacerlo usando el vocablo “paisaje” en lugar de “objeto”. Y con ello doy por entendido que menciono bloques, estructuras y no la individualidad aislada y abstracta de un objeto.”; cfr. Sic. de la Imagen, III, 4, 5° pfo. y Discusiones Histor. III, 2.

¹⁸ Psic. Imagen, cap. III, N°4, 5° pfo: “...la noción de “escena” en que se dan las imágenes, corresponde aproximadamente a la idea de región, limitada por un horizonte, propio del sistema de representación actuante”; cfr. Discusiones Histor. III, 2.

¹⁹ El paisaje externo y el paisaje interno constituyen un único paisaje correlativo de la mirada con la que se integra en estructura. Silo, El Paisaje Interno, cap. V, 5: “Estos paisajes son uno y constituyen nuestra indisoluble visión de la realidad”.

²⁰ “ Yo no me he dado la vida, sino, al revés, me encuentro en ella sin quererlo, sin que se me haya consultado previamente ni se me haya pedido la venia.” (Ortega, op. cit., Lecc. III, p. 73, cfr. Lecc. IV.)“Nacemos entre condiciones que no hemos elegido.” (Silo, Cartas ..., Carta V, 3).

que “nos sacan de circulación”, nos alejan vivencialmente de nuestras situaciones vitales, como los resfríos o las gripes.

Es el cuerpo el que da señales claras de incomodidad o disgusto, que poco a poco vamos desatendiendo y doblegando mediante la saturación con sensaciones densas a través de los excesos (comida, alcohol, sexo) o las drogas; o psicológicamente, a través de la televisión, el trabajo excesivo, etc. A través de la permanencia del estímulo, las adicciones nos sumen en una suerte de hipnosis vigílica y producen una suerte de anestesia corporal por bloqueo de las sensaciones de hipertensión que, por permanentes se convierten en una señal constante que se desconecta, ya que perturba..

Ese es el resultado que generalmente se obtiene cuando, al seguir una de las ideas-fuerza más repetidas respecto de la vida, uno “consigue una posición”, un emplazamiento socialmente reconocido que es impuesto justamente a través de ese mismo reconocimiento.

La imposición del paisaje mediante la educación hace que uno se sienta atraído por esos emplazamientos que los demás reconocen como “importantes”, uno es atraído por lo que dicen que se siente, sin atender a lo que el cuerpo siente al emplazarse.

Así, uno no ha elegido la situación vital en que se encuentra sino que le ha sido impuesta de modo manifiesto, o bien sutilmente, con el consentimiento o la complicidad de uno mismo, que aceptó esa variante o renunció a elegir otra.

Uno no ha elegido el paisaje que le toca vivir. Eso genera contradicción, que se manifiesta en la rebelión del cuerpo a través de las disfunciones y enfermedades o cuando la mirada anhela otro paisaje. ***Entonces se enfrentan las fuerzas que impulsan a una acción coherente con la situación mientras otras la rechazan***. El cuerpo se convierte en el campo de batalla de fuerzas encontradas que se presentan como originarias del cuerpo, porque ***toda fuerza se manifiesta en el cuerpo***.

Esas fuerzas encontradas generan en el cuerpo, como respuesta al paisaje conflictivo, tensiones excesivas y estados de ánimo negativos, cuyas sensaciones reconocemos como ***sufrimiento***. Así, ***éste se constituye en una señal clara de la incoherencia de nuestra situación vital***.

III. El emplazamiento intencionado: la elección del paisaje

La contradicción que genera la imposición del paisaje puede resolverse a través de la elección del mismo, ***desde el punto de vista que nos ocupa***²¹. Un enfoque operativo sería abordar las tensiones y los estados de ánimo desde las técnicas explicitadas en Autoliberación (de Luis Ammann), pero ese enfoque también necesita de un emplazamiento vital para operar transformaciones profundas, que no podría resultar mecánicamente de la aplicación de las técnicas..

El ser humano se caracteriza por tener intenciones, por ser capaz de dirigir sus actos y elegir. Esto es posible gracias a la ampliación temporal que aportó la conciencia en términos evolutivos. La conciencia humana abrió la dimensión del futuro mediante la imaginación. Gracias a esa dimensión, el ser humano puede ensayar previamente lo que va a hacer, puede prever y, así, elegir.

Por tanto, nos interesa el emplazamiento intencionado, aquél que podemos generar mediante una elección previa.

La oposición entre el emplazamiento espontáneo y el que creemos “auténtico”, entre el paisaje que se está viviendo y el que se querría vivir (ensoñado), se manifiesta por el simple rechazo de la situación vivida, lo que indica la ausencia de una elección profunda. Y ese rechazo nos hace sentir que no hacemos lo que queremos, que algo nos domina y nos hace ir contra nuestra voluntad.

Esa contradicción deriva de una consideración de la situación que se hace internamente, es lo que pensamos sobre la situación en la situación misma, a partir de lo que sentimos en ella, esto es, teniendo a la situación por paisaje y horizonte, excluyente de todo otro paisaje, presentada como si

²¹ Un enfoque operativo sería abordar las tensiones y los estados de ánimo desde las técnicas explicitadas en Autoliberación (de Luis Ammann), pero ese enfoque también necesita de un emplazamiento vital para operar transformaciones profundas, que no podría resultar mecánicamente de la aplicación de las técnicas.

fuera única por la fuerza de la imposición, que encuentra en nuestro sistema de tensiones crónicas²² el aliado interno que nos hace sentir que eso es verdadero.

Esa exclusividad con que se vive el paisaje situacional eliminando el horizonte temporal de mi vida (los posibles cambios que seguramente se producirán en el futuro), me reduce a una esclavitud situacional que no permite el proceso de elección que posibilite obrar en otra dirección.

¿Qué hacer entonces?

Tengo que hacer lo que quiero. Pero para eso, necesito configurar una imagen clara y coherente de lo que quiero, y quererla con fuerza.

En nuestros quehaceres por el mundo, el desplazamiento del cuerpo está orientado por imágenes. Nuestra mirada no es un simple mirar, las imágenes que hemos grabado del mundo se superponen al paisaje externo, se integran con él en un solo paisaje.

Mediante el simple cerrar los ojos podemos ver la re-presentación del mundo en imágenes perceptuales retenidas. Luego aprehendemos el paisaje interno, y en él podemos modificar el paisaje externo, imaginarlo de otra manera, configurarlo como queremos.

Pero para elegir lo que queremos, para saber qué queremos, tenemos que atender al mundo, porque en él está la respuesta, la salida de la situación no querida y el emplazamiento querido. **En el mundo están los materiales para nuestra construcción.** Del mundo tomamos los elementos para la configuración del paisaje querido.

Esa imagen, una vez aclarada y querida con fuerza, orientará el cuerpo hacia su emplazamiento correcto.

IV. Paisaje y horizonte

Paisaje es lo que se ofrece a la mirada. **Espontáneamente, paisaje es lo que vemos al mirar.**

La mirada es lo que aprehende el mundo de un modo estructural, configurando el paisaje.

El paisaje se da en la mirada y a cada mirada se aparece de un modo particular, porque cada mirada integra su paisaje interno, su peculiar carga valorativa, su particular modo de ver las cosas²³. La mirada es lo que no vemos de esa estructura y constituye activamente lo que sí vemos: el paisaje.

El paisaje se extiende hasta donde llega la mirada: los límites están en la mirada, no en el paisaje. No sólo incide en esta limitación la capacidad del órgano sensorial, sino la posibilidad de reconocer, de imaginar. Porque el paisaje se ofrece hasta un límite, pero si nos subimos a un árbol, ese límite se amplía, y desde una colina, más aún. Por tanto, **el límite del paisaje está en el punto de vista.**

El horizonte es el límite del paisaje que se manifiesta en la mirada. Y ese horizonte está determinado por el punto de vista.

Tanto en el paisaje externo como en el interno, puedo emplazarme de dos maneras: en o ante el paisaje.

Cuando me emplazo "ante" el paisaje estoy en el umbral de la situación. Aún no me he incorporado a ella. Estoy como mirando una fiesta desde la entrada del salón: siento algo por la situación de un modo global, y se me borran sus detalles. Se me impone como estímulo la totalidad y pierdo de vista las particularidades.

Este emplazamiento es determinante porque me encuentro frente al sistema de situación, frente a lo que la situación globalmente representa para mí y que, como tal, va a pasar a integrar el

²² Podemos diferenciar las tensiones situacionales de las permanentes o crónicas, o sea, que trascienden una situación para estar siempre presentes. Ver Autoliberación, L. Ammann, Prácticas de Catarsis, Lecc. 2.

²³ "...en la configuración de todo paisaje actúan copresentemente contenidos téticos, especies de creencias o relaciones entre creencias, que no pueden ser sostenidas racionalmente, y que acompañando a cada formulación y a cada acción constituyen la base sobre la que se asienta la vida humana en su desenvolvimiento.", Silo, Contribuciones..., Aproximaciones, 2, pfo. 19. Lo "tético" es lo "puesto]" por la conciencia, lo que "está" en ella "antes" de la percepción, de la estructuración del paisaje.

sistema de mi vida, o sea, la estructura total de las situaciones que vivo. ***Y esa imagen situacional me produce una vivencia con la que debo contar para hacer mi elección.***

Cuando me emplazo “en” la situación, paso a formar parte de ella. Como al entrar en la fiesta, ya no veo toda la situación: hay gente que queda a mis espaldas, a los costados otros permanecen en copresencia y se destacan aquéllos con los que hablo; éstos atrapan mis sensaciones y se desvanecen las que puedo llegar a sentir por los demás.

Pierdo la perspectiva de mis otras situaciones vitales porque ésta ya no es una más entre ellas con su sabor particular. Ahora desborda mis sentidos y bloquea las otras situaciones. Formo parte de este sistema particular y cambian mis relaciones con los otros sistemas situacionales que integran mi vida.

Aquí ya no puedo elegir libremente, la situación me condiciona, confundiéndome, ya que desde ella, la perspectiva de mi vida no varía y parece que todo es igual, pero en proceso, el derrotero de esa situación me va alejando de otras situaciones queridas y, consecuentemente, alterando el sistema mayor de mi situación vital.

Sobreviene, entonces, la sensación de que he perdido el rumbo, de que se ha trastocado mi sentido de vida. Es que no he elegido en su oportunidad y me incorporé a un sistema de situación que, por no guardar coherencia, en proceso, con los otros sistemas situacionales de mi vida, produce un desgarramiento interno y tensiones externas.

Mientras ***estoy ante la situación mi mirada conserva la amplitud y la profundidad***, no se pierde entre los objetos que la componen. Cuando estoy ***en la situación, mi mirada se acorta***, es succionada por los objetos que la rodean, sobre los que se focaliza.

El horizonte se mantiene claro por la perspectiva cuando estoy ***ante la situación***; en cambio, ***se desdibuja o queda oculto*** cuando estoy ***en la situación***.

Al andar un camino, ***el horizonte es la referencia permanente***. Igual sucede con nuestra vida y con las situaciones por las cuales atravesamos. Tenemos que percibir el horizonte en relación con cada situación, para poder saber si va bien o no.

Cuando se anda, uno atiende al horizonte y va rectificando la marcha en función de los indicadores que percibe en él. Va corrigiendo el rumbo con referencia al horizonte, y éste va cambiando a medida que avanzamos, pero nunca deja de ser horizonte.

Así, el horizonte de nuestra vida, nuestras metas, ***nuestro sentido último, tendrá que ser accesible, para poder ponderar nuestro rumbo; de lo contrario, habrá que buscarlo.***

El horizonte sirve de marco para encuadrar nuestras situaciones vitales y proporcionarlas en función de nuestros objetivos. Será útil, entonces, construir un ámbito interno de reflexión, una suerte de mirador desde el que podamos considerar el conjunto de nuestra situación de vida teniendo a la vista los objetivos fijados, de modo de proporcionar nuestras situaciones en función de ellos.

V. El emplazamiento es mental: los contenidos emplazan la conciencia

Des-plazarse es, de acuerdo al sentido literal, sacar de lugar. Es no estar en plaza, y por tanto, estar en tránsito, que es la única manera de no estar en algún lugar. Estos términos tienen una fuerte impronta de lo espacial, que es lo propio de la percepción externa, del mundo.

Desde este punto de vista externo, el emplazamiento es la sumisión a las condiciones externas, el estar sujeto a estímulos situacionales.

Pero el caso del desplazamiento nos ofrece algo distinto: cuando uno deja una situación y transita hacia otra suele ocurrir que uno vaya tomado por los pensamientos en torno de la situación que dejó o por las expectativas de la que ha de venir. Uno está ocupado mentalmente por una situación que no corresponde perceptualmente con lo que se da afuera. El cuerpo se desplaza en el mundo pero uno no. Uno está imaginariamente en otro lado. Vagamente percibimos el entorno y no movilizamos respuestas; el comportamiento motriz se da maquinalmente, casi sin nuestra participación.

El cuerpo está en una situación de tránsito, por así decirlo, manejado por un piloto automático, mientras uno está en otra situación, imaginaria. Y allí está emplazada nuestra sensibilidad, estamos tomados por los sentimientos y emociones de esa situación que se desarrolla imaginariamente.

Pero también verificamos que, otras veces, estamos en una situación pero tomados mentalmente por otra. Ya no funcionamos con piloto automático, pero nuestra sensibilidad está interferida constantemente por imágenes de otra situación que nos ocupa y no nos permite conectar plenamente con la que transcurre en ese momento. Se da así un desencaje entre lo que sentimos y la situación que vivimos. Esto es, no permite que la conciencia esté suelta, disponible para lo que ocurre.

Las situaciones no se dejan porque uno deje el ámbito físico en que se dan. Uno se las lleva “puestas” y en este desencaje se evidencia que **el emplazamiento es mental**. Cuando el emplazamiento es definitivamente imaginario, esto es, uno no está en lo que está sucediendo afuera, atenta con quitarnos el piso, con dejarnos sin sustento a cada instante. Y ese sustento es la sensibilidad, que está tomada por la situación imaginaria.

Más acá de esta evidencia obtenida de las situaciones de desencaje, en tanto postulamos la primacía de las operaciones de conciencia por sobre la “realidad”, el emplazamiento siempre es mental, aún cuando queramos reducirnos al punto de vista de la “situación presente”²⁴, externa, ateniéndonos a lo que percibimos.

Por tanto, **el emplazamiento que nos interesa es interno** y trata de las respuestas a los estímulos situacionales, de lo que nos sucede internamente por y pese a esos estímulos, pero, principalmente, de tener referencias de lo interno, para poder operar.

Así como la referencia de la situación externa la encontramos en el cuerpo al indicar dónde se busca, la situación externa nos remitirá a alguna imagen interna cuando sintamos el desencaje situacional entre el afuera y el adentro. Ante el desencaje con lo externo, resalta lo interno que no condice. Entonces, **las imágenes internas me permitirán aclarar cuál es el paisaje que me está emplazando** e interfiere con la situación en que estoy, cuáles son los contenidos internos que provocan una respuesta sufriente, retroalimentando estados negativos²⁵.

Además de esta función de orientación en el ordenamiento interno, las imágenes constelan nuestro paisaje orientando nuestro comportamiento, por lo que el emplazamiento interno resulta ser la configuración de las imágenes que ordenan nuestro mundo, punto de apoyo que sirve de base de lanzamiento para nuestra futura existencia.

VI. La cuestión del sentido

Pasamos nuestra vida, con mayor o menor variedad según el caso, yendo y viniendo de un lugar a otro. Podría creerse, entonces, que la vida es una cuestión de desplazamientos en el espacio, en un mundo reducido a un circuito de movimientos entre las situaciones que conforman la propia vida y pueden no guardar entre sí ninguna relación de coherencia, vistas desde afuera.

Ahora bien, ¿porqué me muevo? ¿qué es lo que tracciona mi comportamiento? Me muevo porque imagino las situaciones hacia las que quiero ir. Pero a veces me muevo con más o menos facilidad, con más o menos encaje, con más o menos ganas. Y esas variaciones, por lo general, se cargan en la cuenta de las situaciones, no del que las vive. Podemos sintetizar la actitud de justificación de nuestra impotencia o dificultad con la frase "el mundo me hace...". Es la situación la que pone el impedimento para mi intención (generalmente, mis meros deseos canalizados a través del ensueño) y así evado revisar mi habilidad para responder, mi responsabilidad. En eso se mezcla el sentimiento de

²⁴ “...la configuración de cualquier situación se efectúa por representación de hechos pasados y de hechos más o menos posibles en el futuro, de suerte que, cotejados con los fenómenos actuales, permiten estructurar lo que se da en llamar la ‘situación presente’.”, Silo, Discusiones..., III, 2, 1º pfo.

²⁵ El trabajo con las imágenes puede ser abordado desde las técnicas específicas de distensión, sicofísica, u operativa, que se explican en “Autoliberación” de Luis A. Ammann.

culpa que se resuelve falsamente al adjudicar a lo externo la causa de los fallos del propio comportamiento.

Según este punto de vista, tenemos *que lo interno depende de lo externo, pero desde el punto de vista opuesto, lo externo sólo es ocasión para la manifestación de lo interno*, pone la condición para su producción, o sea que lo externo no es causa determinante de mi comportamiento. Simplemente lo estimula y suele activar una presencia dormida en uno, poniendo en escena contenidos marginados de nuestra consideración vigílica que, por no considerados, no elegidos deliberadamente, mueven respuestas mecánicas muchas veces no queridas.

Lo externo, lo "objetivo" está ahí y mueve mi respuesta, la ocasiona. Cuál y cómo sea ésta, es mi problema, depende de mi habilidad para responder.

De modo que *el sentido de las situaciones no se encuentra en ellas sino en quien las vive y articula*.

En principio, el sentido de las situaciones que vivimos está determinado por la sociedad, por el medio en que vivimos. Es un sentido dado y no un sentido verdadero. Nos enseñan que unas cosas tienen sentido y otras no; que unas son buenas y otras, malas. Y eso que nos enseñan desde afuera aparece como algo que se piensa, en todo caso que se ve o se lee. Es más, el sentido tomado en sentido filosófico, es cosa de intelectuales, hay que leerlo-entre (inter-legere que deviene en intellegere), es un algo etéreo, intangible, que pertenece a las cosas pero no es de las cosas, es humano, porque sólo existe para los humanos.

Sabemos sí, que el sentido es lo que orienta la vida, la conducta humana. Parece que la vida cobra importancia sólo si tiene sentido. Pero ¿cómo se hace para darle sentido a la vida? Y ¿cómo se transmite?

Veamos el origen: a uno le enseñan que ciertas cosas deben orientar su vida, y otras no. Eso debe ser así y no hay vuelta. Pero junto a eso, también le enseñan a uno que ciertas cosas son buenas y otras, no. Es más, que a uno le tienen que gustar ciertas cosas y otras, no. A uno le tiene que gustar el fútbol y, además, un equipo en particular; o el arte; o el trabajo; los hombres o las mujeres, según el caso; la naturaleza; el mar o la montaña; etc. Esto de inculcar gustos se hace de manera sutil, porque no es posible obligar a gustar de algo, pero sí es posible inducir enseñando que es bueno, rico, etc.

Cuando uno asimila eso que se supone es gustoso, algo siente, y si no tiene oportunidad de probar otra cosa, seguirá creyendo que eso es gustoso. Claro que la instrucción "esto es rico" que nos ha sido transmitida, incluye las complementarias "aquellas cosas no son ricas", de modo que uno incorpora simultáneamente gustos y disgustos. Tales juicios rigen nuestra conducta aunque uno carezca del bagaje de experiencia necesario para fundarlos y legitimarlos, porque los gustos son enseñados y no experimentados. Por tanto, lo que no es rico no se toca. ¿Acaso no nos hemos llevado sorpresas al probar algo que no debía gustarnos, y nos gustaba?

De modo que uno, al aprender el sentido de las cosas, forma su sensibilidad, alineándola con los parámetros que nos inculcan. Pero, claro, la sensibilidad tendría que desarrollarse espontáneamente, experimentalmente, testeando la adhesión o el rechazo, el gusto o el disgusto, la suavidad o la aspereza, y generando un sentido fundado en la experiencia.

Así, el sentido de las cosas "funciona" como tal, orientando nuestra conducta, a partir de las sensaciones que brindan las cosas. El sentido de las situaciones es lo que sentimos al vivirlas. *El sentido es, desde el punto de vista de lo perceptible, "lo" sentido*. De modo que el sentido no es algo tan etéreo, entendido como intangible, no perceptible.

Cuando lo que supongo que tiene sentido para mí no tiene una carga de sensación que le corresponda, no me moviliza. Uno puede decir que hay cosas que tienen sentido porque mueven conductas pero no sentimientos. Claro, no hay sentimientos manifiestos, que pueden estar bloqueados, pero sí sensaciones, que son las que movilizan conducta.

De modo que podemos ubicarnos mejor en este tema si atendemos a las sensaciones del sentido más que a las imágenes de lo que (se supone) tiene sentido. Porque nos encontramos con que

bonitas imágenes que desde todo punto de vista tendrían que movilizarlos profundamente, no lo hacen. Y situaciones banales sí lo hacen. O sea, ponemos el cuerpo en éstas y no en aquellas situaciones. Y claro, porque en éstas hay sensaciones y en aquéllas, no.

Los sentidos provisorios son tales porque nos movilizan mientras mantienen la capacidad de producir sensaciones. Luego, las situaciones que los "portan" pierden sentido. Son sentidos situacionales, dependen de la estimulación atribuida a la imagen de lo externo. Es curioso apuntar que, por lo general, **los sentidos provisorios movilizan mientras no se cumplen.** Esto es, suelen ser situaciones en las que hay que conseguir algo (o alguien) y cuando se obtiene, cuando se puede sentir eso que se buscaba y gozarlo, al poco tiempo se desvanece el interés, porque las sensaciones que acompañaban al objeto deseado y no tenido, variaron frente al objeto una vez conseguido. Antes de alcanzarlo se ensoñaba que seguiría brindando esas sensaciones cada vez que se lo buscara o tuviera, y resulta que, una vez alcanzado, no es así, porque la situación, tanto externa como interna, se modificó. Lo que se esperaba sentir no fue lo mismo que se sentía cuando se lo imaginaba, y así, el objeto pierde sentido, pierde sensación.

Por la configuración básica de la actitud vital (el mundo prima y es lo determinante), los sentidos de vida suelen buscarse afuera y, frecuentemente, en abstracciones que tampoco pueden movilizarlos. Porque lo abstracto no moviliza, salvo que se haya adosado una carga interesante de sensación a esa abstracción, cosa que ocurre a veces. Pero imágenes como "la felicidad", "la paz", "el bienestar", no movilizan. Sí lo hacen las imágenes, los paisajes imaginarios que para cada uno representan felicidad, paz, etc.

De modo que el tema del sentido de la vida está estrechamente relacionado con el emplazamiento. Porque tiene que ver con la continuidad de una imagen y de las sensaciones que le corresponden, trascendiendo y dinamizando todas y cada una de las situaciones vitales.

Es posible buscar un sentido de vida, adoptarlo como propio y ordenar la vida en función de él. Pero al tiempo se verá si ese sentido es profundo o impostado porque se habrá producido un reordenamiento en torno a él o la desproporción. **El sentido reordena por sí mismo, no necesita de una voluntad ordenadora.** Ésta es útil para disciplinar, para hacer una experiencia de orden, de coherencia, pero la verdadera coherencia, el orden profundo proviene de una reconstelación que se produce en torno a una imagen cuyas sensaciones prevalecen sobre las otras, encauzando su energía y reproporcionando las situaciones. Unas perviven, otras se pierden, pero aumenta el sentido en general, aumenta lo sentido, la sensibilidad está más disponible para sopesar y disfrutar las situaciones en general, con un sentido de economía, de lo que vale o no vale la pena ser vivido.

El sentido de vida es más sentido que imaginado, es fuente de sentido en tanto renueva el sentido de las situaciones, porque es fuente de sensaciones. No necesita de situaciones u objetos externos para ser estimulado. Es sentido por sí mismo, si bien depende de imágenes que orientan hacia situaciones y experiencias que van modificando imágenes y sensaciones, en una retroalimentación que va sedimentando como un núcleo de sensación, de vivencia, en torno al cual se van referenciando las vivencias.

El núcleo del sentido es inaprehensible, si pretendemos abordarlo de frente. Sólo podemos tantearlo, paradójicamente, cuando nos vertemos activamente en una situación. Allí sí podemos vivenciar el sentido. **El sentido se hace claro cuando nos impulsa hacia el mundo o cuando genera rechazo. Si lo buscamos dentro, donde suponemos que se encuentra, lo perdemos.**

Por tanto, nos encontramos con que, en general, las situaciones en que participamos vitalmente no surgen de una elección profunda sino circunstanciada por parte de quien las vive. No hay descubrimiento ni creación, más bien se trata de una suerte de adhesión forzada bajo la amenaza velada de la marginación social, moderno equivalente del ostracismo en la antigua Grecia. Por tanto, uno tiene que domar su sensibilidad y alinearla con lo que se espera de uno. Con suerte, con el correr del tiempo, con los disgustos y desencajes, uno irá preguntándose por la validez de las situaciones que vive, por su sentido, y caerá en cuenta de que **lo que uno siente tiene alguna función en la vida.**

Oscuramente, uno se guiará en el mundo en busca de lo que quiere e irá preguntándose sucesivamente qué cosa quiere, y en ese ir definiendo qué es lo que quiere irá descartando las cosas mundanas como objeto de búsqueda, porque nada pueden aportar en tanto ***el sentido pertenece a la esfera de lo humano, pero no se podrá prescindir del mundo, que es ocasión y estímulo para su expresión.*** Así, uno irá precisando en la esfera de la acción qué es lo que uno quiere hacer, ***porque necesariamente tendrá que ser un hacer en el mundo lo que habilite la manifestación de eso que en uno quiere, pugnando por expresarse.***

VII. El emplazamiento temporal

Esta cuestión del emplazamiento se plantea de inicio como conflictiva, ya que se expresa en términos espaciales. Siendo el mundo lo importante, las vivencias de uno dependen de las situaciones externas. Pero, además, destacamos una situación temporal.

Vimos que uno puede emplazarse en las situaciones en que está, pero que éstas trascienden el ámbito físico, su dimensión espacial, externa, asentándose en una dimensión interna, por lo que el emplazamiento es interno. Vimos también que uno va y viene espacialmente, pero el regreso que vivimos en el espacio no se cumple, simultáneamente, en el tiempo. ***El tiempo no regresa.*** Volver a casa es un nuevo ir a casa, desde el punto de vista temporal. Y aún cuando estemos quietos, el tiempo sigue avanzando. Esto es una perogrullada, pero emplaza la existencia en su dimensión pertinente, que es el tiempo. Por tanto, ***nuestro emplazamiento es temporal*** y la espacialización sólo sirve a la disposición de los recursos externos para cumplir con las tareas previstas.

La vida es tiempo.

Por tanto, ***el emplazamiento vital está dado por un paisaje temporal.*** Nuestra vida está acotada, es finita, y su transcurso propone un paisaje que se compone de la sucesión de paisajes situacionales, que se disponen linealmente, uno detrás de otro, en un orden cronológico que se va construyendo con el devenir y se proyecta hacia el futuro.

Si miramos atrás, podremos percatarnos de que algunas situaciones que fueron de un modo, luego se modificaron. Y que en esas situaciones no veíamos salida, posibilidad de modificación. Podemos advertir entonces, que aquella visión espacializada que nos sumía en la impotencia, que amenazaba tronchar el curso de nuestra vida como la veíamos, no tenía fundamento, porque luego hubo modificación. Y pudo ser que la modificación no fuera de la situación sino de uno, de modo que la vida pugnó por una salida y la consiguió, modificando lo que fuera necesario.

Así, ***la vida busca continuar y continúa a través nuestro,*** más allá de la configuración que uno crea que debe tener la situación o uno mismo. Por tanto, la vida lucha por su continuidad y, más allá de los atolladeros, seguimos viviendo.

Si atinamos a hacer pie en esa continuidad, no como noción solamente, sino como vivencia, como realidad concreta, podremos rescatar la certeza de que la vida busca perpetuarse a sí misma, no obstante los obstáculos que se le presenten. En casos extremos como la locura o la pérdida de seres queridos o de bienes materiales, esto es, de pérdida de la configuración que se supone normal para uno o para su situación en el mundo, podemos verificar esta continuidad de la vida. Claro está que su calidad, sobre todo, la calidad de nuestra vivencia durante la supervivencia de esas situaciones extremas, depende de uno.

Tales casos nos muestran que ***la vida continúa más allá de nuestras creencias y que, por tanto, transcurre más acá de nuestras creencias.*** Será cuestión entonces, de develar pacientemente cuáles son las creencias que estructuran nuestra visión del mundo para poder crecer en coherencia y unidad, generando la condición que asegure la pervivencia de nuestra integridad frente a los avatares de nuestra existencia.

Ese es el primer punto a comprender y vivenciar: ***la vida transcurre a través mío y su fuerza es mi sostén.*** Si soy la vida y ella busca continuar, yo puedo continuar frente a cualquier circunstancia.

Además, **la vida es cambio permanente, es transformación**, por tanto, yo estoy sujeto en mi devenir a esa transformación permanente y a ella tengo que acompañarme, en principio, para poder actuarla y convertir mi actitud pasiva en una actitud vitalmente activa.

Por tanto, **mi vida es transformación permanente del mundo a través de mi acción²⁶, y también de mí mismo**, de acuerdo a las pautas que la vida vaya proponiendo para mi desarrollo.

Claro que frente a las situaciones que vivimos podemos sentir la necesidad de modificarlas ¡ya!, ahora, en este día, en esta semana. Y no es posible, porque **esa situación que nos ocupa ya no es. Lo que percibimos es el resultado de su devenir**, del desarrollo de las condiciones que la han configurado como la vemos. Y sobre eso nada podemos hacer. Pero nos queda considerar cómo queremos que sea en un futuro, y de ese modo, reorientar su proceso, si las condiciones lo permiten.

De modo que, **emplazando las imágenes me emplazo en ese paisaje temporal**. Mediante la reflexión considero los paisajes situacionales a los que quiero dirigirme y atiendo a los recursos y las acciones necesarias para ello. Y ante la imposibilidad aparente, busco configurar la imagen adecuada que me permita reorganizar mi mirada y ver los recursos necesarios para transformar la situación, siempre en función de mi coherencia vital, de mi unidad interna. En todo caso, puedo tener en cuenta que esa imagen operará como una señal reordenadora para el azar que rodea mi circunstancia vital.

Mediante la fe puedo lanzar una intención que reafirme mi libertad al negar la sumisión a las condiciones externas, preservando **mi unidad interna que es la condición necesaria para que pueda fortalecerse y desarrollarse la vida que se manifiesta a través mía**.

VIII. El emplazamiento vital

A la inversa del paisaje espacial, a medida que nos adentramos en el paisaje de la vida, vamos ganando en perspectiva.

El tránsito por las distintas situaciones nos va configurando la sensación de un camino que vamos haciendo en el tiempo y, al avanzar en él, vamos avizorando cada vez más su horizonte.

Venimos del pasado y vamos hacia el futuro. Allá detrás, perdido en las brumas del recuerdo, queda nuestro nacimiento.

Allá delante, oculta tras el horizonte, aguarda la muerte.

Aquí, en el presente, participamos de distintas situaciones que se han de prolongar en el futuro: argumentos de situación similares nos han de tener como protagonistas aunque cambie el elenco a nuestro alrededor; los paisajes situacionales, conocidos por su configuración, se han de repetir aunque cambien los elementos que los componen.

Si hoy sentimos la rebelión del cuerpo ante la imposición de un paisaje no querido, podemos elegir el paisaje que nos espera en el futuro.

El futuro es tiempo, y con tiempo se construye.

En esta frase, el doble sentido es reversiblemente válido: se necesita tiempo para construir el futuro, para pensarlo, para configurar la imagen de lo que queremos; tiempo para configurar los términos de la elección.

Y también se necesita tiempo, en el sentido de una acción desplegada en el tiempo sobre la situación que queremos transformar.

Al imponernos el paisaje nos han hecho perder la perspectiva de nuestra vida, pero podemos recuperarla si atendemos simultáneamente a todas las situaciones que vivimos, y las imaginamos en el futuro y, más allá, la muerte.

Si luego volvemos atrás y miramos la situación actual desde el pasado, recordando la vivencia que entonces tuvimos de este futuro que hoy es presente, vamos a encontrar que entonces había imágenes que hoy pertenecen a la situación que vivo, más claras o más desvaídas, pero estaban.

²⁶ Silo, Cartas..., Carta IV, 2 y 3.

También veremos que lo que proyectamos espontáneamente a futuro de aquel paisaje entonces presente, por lo general no se prolongó, y que fue en definitiva nuestra mirada la que fue buscando liberar al cuerpo de las situaciones que lo aprisionaban: en definitiva, de nuestro modo de ver las cosas, de valorarlas, de priorizarlas.

Pero lo más interesante es atender simplemente al futuro como una dimensión vacía, como una suerte de espacio mental que se abre ante nosotros, un abismo que está siempre un paso adelante nuestro y que, normalmente, no sabemos bien cómo se va llenando.

En esa dimensión del futuro está nuestra esfera de libertad. En ese espacio imaginario podemos construir lo que queramos y como queramos, libres de imposiciones externas, pero atentos a las internas.

Para darle coherencia a esa construcción es útil encuadrar proporcionadamente todas las situaciones previstas a futuro y el desarrollo de las presentes, y atender a que no haya contradicciones entre ellas. ***Es necesario que la situación global sea coherente.***

A poco de entrar en esa dimensión mental, se pierde la sensación de que el futuro se viene encima, se siente que llama, que el paisaje no se impone sino que viene al encuentro.

Así, irá desapareciendo la sensación de esa suerte de vacío o abismo que nos espera allá, detrás del horizonte, y sentiremos que ***la vida***, esta fuerza que hoy nos anima, ***hiende el futuro más allá de la muerte.***

IX. Pasión, compasión y autocompasión

Hemos visto el emplazamiento en el mundo en términos de individualidad. Hemos considerado cómo uno se emplaza en situación, frente a una estructura de situación. No hemos hablado de lo interpersonal, nuestro medio “natural”, que es el punto de recreación de lo humano en el mundo, desde el punto de vista del proceso mayor.

Lo humano no existe sin confrontación, no se realiza sino en el encuentro con otros seres humanos, esa zona de fricción con el Otro donde se pone a prueba la plasticidad del comportamiento.

El Otro es, esencialmente, otro como yo, alguien que me espeja al confrontarme; una intención que se opone a, diverge de o converge con la mía; una imagen, desde cierto punto de vista, y un límite, desde otro.

En lo interpersonal se manifiestan las creencias básicas que estructuran la personalidad, no en otro campo. Y ahí es donde se nos ofrece la posibilidad de crecimiento y desarrollo, de despliegue de nuestra potencia vital.

Lo interpersonal es el terreno de la pasión, de esa fuerza que nos toma, nos arroja sobre otro ser humano (u otros) y nos deja irremediamente distintos, sin saber bien cómo ni porqué sucedió, por lo que frecuentemente se la confunde con la compulsión.

Lo cierto es que la pasión se vive desde la emoción, ella predomina y nos actúa bloqueando la posibilidad de reflexionar. El otro queda reducido a objeto-término de nuestro comportamiento, de nuestros sentimientos. Y uno mismo se siente agente pasivo, actuado por esa fuerza que lo desborda.

Lo cierto es que es un punto de intensidad de las vivencias no tan frecuente como se lo piensa.

Más cotidiana es la compulsión que, a diferencia de la pasión, además de sentirse uno actuado, es vivida contradictoriamente, con el sabor, cuando menos, de que no se quiere hacer lo que se hace, pensar lo que se piensa, sentir lo que se siente. Como si el cuerpo fuera actuado por algo ajeno a uno mismo.

La pasión me desborda reforzando algún aspecto de mí, exaltándome; la compulsión me avasalla descontrolando el comportamiento, uno se desconoce en eso que le pasa.

Lo contrario sucede en la compasión, que ha sido descrita como un ponerse en el lugar del otro, operación compleja que requiere de nuestro esfuerzo porque implica recrear imaginariamente la

situación del otro, como vista, vivida por él *desde su mirada* (desde su adentro) en la medida en que me es posible reconstruirla.

No miro la situación del otro desde afuera, como en un plano privado del volumen de la vivencia, sino que le doy cabida en mi vivencia a las que creo tuyas, imaginando su paisaje visto por él, con ese su cuerpo, cuyas tensiones puedo recrear imitando su postura, y puedo agregar alguna visión de su pasado, si lo conozco.

Trato de sentir lo que se siente estando dentro de ese cuerpo, con ese paisaje por delante, esos recuerdos, y obro en consecuencia, lo trato como quiero ser tratado.

¿Hago lo que querría que hicieran conmigo en esa situación? No. Porque lo estaría tratando como yo imagino que ese ser humano que tengo delante, quiere que lo traten.

Ponerme en el lugar del otro me permite comprender su comportamiento, sus gestos, sus expresiones, que para mí pueden ser hirientes o molestas. De ese modo lo tomo integralmente, y comprendiendo de dónde vienen esas respuestas, me corro, no ofrezco blanco, comprendo que no son para mí.

Tratar al otro como quiero que me traten me implica a mí, no a él. Brindarle la consideración que espero para mí, es considerarlo, y me pone en otro esfuerzo, que *es comprender cómo quiero ser tratado yo*, que *no es qué quiero que me hagan*. Es rescatarme como sujeto y no emplazarme como objeto. *Es tener en cuenta que yo tengo intenciones y que, como yo, el otro también tiene intenciones*. Es cuestión de conocer sus intenciones, de averiguar qué quiere desplegar con su vida, como yo lo quiero con la mía. Así que tendré que poner en claro mis intenciones para no proyectarlas o imponerlas.

Además, lo interpersonal me pone en situación de canalizar mi sentimiento por mí hacia los demás. Por tanto, me pone en situación de revisar ese sentimiento y elevar su calidad.

Cuando me considero al considerar a otro ser humano, cobro volumen, gano en presencia y la extiendo, reconociendo esa presencia en el otro. Gano en adentro y en conexión hacia afuera. Abro la dinámica con el mundo encarnado en ese otro o esos otros.

Por cierto, entonces, que no es un buen sentimiento tenerme lástima, lo que comúnmente se conoce como autocompasión. Cuando me tengo lástima, mi consideración por mí es del tipo “el mundo me hizo, pobrecito de mí”.

Auto-compadecerme es ponerme en mi lugar, lo cual es, desde el comienzo, contradictorio, porque ¿cómo puedo hacerlo? Esa mirada sobre mí está estructurada por un punto de vista externo donde veo lo que “me” hicieron en un plano bidimensional, sin mi presencia interna, comparado con lo que quería que me hicieran, y siento pena por esa pobre imagen de mí, tan maltratada. Con lo que refuerzo mi creencia y la proyecto hacia el futuro como actitud básica.

Pero no recupero integralmente qué sentí en esa situación que “me hizo”; no recupero qué sentí, qué pensé, qué hice, qué busqué en la situación, ni qué sentí, pensé de la situación, antes de ella. Todo lo imagino bidimensionalmente, todo puesto ahí, como en una novela de mi vida, donde nada puedo modificar porque el destino es así, cruel y no puedo esperar otra cosa.

De ese modo alimento el encierro y el rechazo por los otros que, por supuesto, me rechazarán, ayudándome a justificar mi creencia de que el mundo es malo.

En la autocompasión nos miramos en un afuera imaginario, frente a un mundo también imaginario, todo congelado en una foto que refleja la mera exterioridad.

Por lo contrario, en el ejercicio de la compasión, nos abrimos a la visión del mundo que tiene el otro, que es *abrirnos al adentro de ese mundo que como afuera nos enfrenta, y del que también somos adentro*, y que podemos comprender porque tenemos experiencia de él en nuestro adentro.

En esa apertura ganamos en presencia y volumen vivencial, abriendo paso a la verdadera pasión, la del vivir que busca completarse en el goce del encuentro: con el otro, consigo mismo, con la vivencia del Todo que nos abarca y que a cada momento busca actualizarse, realizarse a través nuestro,

tejiendo la trama de esta Realidad que se reproduce, desarrolla y perpetúa en cada acto que realizamos cada uno de nosotros, tejedores de la trama del Universo.